

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

PRECIO DE LA SUSCRICION
MADRID: Edición de la mañana, 1 Pta. Mens.
PROVINCIAL Y PUERTO: 5 Ptas. Trimestre
EXTRANJERO: 10 Ptas. Trimestre
ULTRAMAR: 15 Ptas. Trimestre
PRECIO DE LA VENTA
Por menor, 5 céntimos. Por mayor, 30 céntimos.
Redacción y Oficinas: Factor, 7, Madrid.

DIARIO POLÍTICO INDEPENDIENTE Y DE NOTICIAS
ECO IMPARCIAL DE LA OPINION Y DE LA PRENSA
Fundador: D. Manuel María de Santa Ana.

PUBLICIDAD
Los anuncios de todas clases referentes a Bancos y Sociedades, a precios convencionales.
Se reciben en esta Administración y en todas las agencias de publicidad nacionales y extranjeras.
Con arreglo a la Ley, cada anuncio pagará 10 céntimos por espacio de línea.
Correspondencia y giros deben dirigirse al ADMINISTRADOR.
NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES.

AÑO LVII.—NÚM. 17.642.

Madrid.—Viernes 1° de Junio de 1906.

Ediciones Mañana, Tarde y Noche.

BODA DE S. M. EL REY DON ALFONSO XIII INFAMIA ANARQUISTA.—LOS REYES, ILESOS

EN EL PARDO

(POR TELEFONO)
DE NUESTRO REDACTOR
El último día.
El día amaneció muy hermoso y lleno de animación por doquiera.
Desde el amanecer, todo el mundo se ha lanzado a la calle ansioso de ver a la Princesa Victoria Eugenia de Battenberg antes de su salida para Madrid.
A las siete menos cuatro, entre las aclamaciones populares, hace su entrada en el Pardo S. M. el Rey, que llega en un automóvil abierto.
Don Alfonso XIII viste uniforme de almirante de Marina y viene sin guardapolvo acompañado al Rey su ayudante el general Del Río.
A las siete menos cuatro, una misa rezada, que dice el superior de la Comunidad de los Capuchinos, el P. Eusebio María de Echalar. Este padre capuchino da la comunión a S. M. el Rey y a la Princesa Victoria Eugenia.
La misa es oída religiosamente por la alta servidumbre del Palacio.
A alguna distancia hallase la Princesa Beatriz de Battenberg.
SALIDA PARA MADRID
A las ocho menos veinte el automóvil que lleva a S. M. el Rey sale para Madrid.
Es un carruaje cerrado.
Dentro del coche va a la derecha la Princesa Victoria Eugenia, que viste traje blanco y sombrero blanco con pluma celeste.
A su lado sienta a su madre la Princesa doña Beatriz.
El Rey va también dentro del carruaje y junto al vidrio.
Delante, al lado del chauffeur, toma asiento el gran le de España que está hoy de servicio, señor duque de Léora.
Sigue otro coche automóvil que conduce al teniente coronel de Alabarderos señor Toral, al ayudante de S. M. general Del Río y a otras altas personalidades palatinas.
Al final de la plazoleta, situada en el camino donde empieza la carretera, hallase estacionada inmensa multitud.
Al pasar el regio automóvil oyese atronadoras vivas al Rey y a la Reina.
Las mujeres saludan agitando los pañuelos.
Los hombres descubren respetuosamente.
Contestan los Reyes afectuosos a los entusiásticos saludos de la multitud.
El día es espléndido, el entusiasmo delirante y el cuadro imponentísimo.

Afán de Ribera.
En el momento de arrancar el coche que conducía a la Princesa Victoria, se espantó el caballo que montaba uno de los batidores de la Escolta Real, cayendo al suelo el jinete, debajo de la rueda posterior derecha de la carroza que ocupaban lady Cecil y los Príncipes de Battenberg.
Entre los que presenciaban el suceso hubo un instante de indescriptible ansiedad, pues la rueda de la carroza amenazaba pasar sobre el cuello del soldado.
Una oportuna maniobra del cochero, que paró en cuanto pudo darse cuenta del suceso, evitó una horrible desgracia.
Recogido el soldado por los guardias, fué conducido a la farmacia del regío Alcázar, donde fué curado de contusiones en el brazo derecho.
El soldado se llama Rafael Alvarez.
En el Congreso.
Las dos tribunas situadas en la fachada principal a uno y otro lado de la escalinata, como la levante en frente, ofrecían un gran golpe de vista, estando materialmente cuajadas de mujeres hermosas.
Las tropas habían dejado libre la parte de acera correspondiente a la escalinata, como igualmente el frente.
Con dificultad era contenida la masa del público que llenaba las veredas de la plaza de las Cortes.
Hubo un momento en que se temió se registrara una nota sensible.
A una pareja de caballería de Orden público se le ocurrió la descabellada idea de meter los caballos entre la multitud, dando motivo a fuertes protestas; pero la intervención de la Guardia Civil de caballería evitó el suceso y desgracia posible ante el Palacio de la Representación nacional, calándose los ánimos con la retirada de aquellos lugares de la pareja primeramente citada.
Más tarde, y en el mismo sitio, varios oficiales del ejército de los que formaban en la línea, tuvieron que contener al público, y así se evitó un suceso que se interpretaría por una guardia de Orden público por cuanto este llegó a desvirtuarse el cable.
Por fortuna los oficiales de Seguridad llegaron oportunamente, consiguiendo que su subordinado no llegara a descargar su furia sobre un público que, dicho sea en verdad, ha mantenido una expresión exquisita.
Llegó a las tribunas del Congreso permanecían estacionados algunos jefes y oficiales y fotógrafos.
El número de diputados en la rotunda del Congreso no era muy crecido. Podían contarse con las angustias personas, y la carroza de gala del duque de Léora, fueron objeto de la admiración de las gentes, en las que crecía la ansiedad por que llegara el momento de admirar la espléndida hermanita de la que ya es Reina de España.
La hermosa escalera del ministerio de Marina ofrecía brillante aspecto.
La cubria en toda su extensión rica alfombra encarnada y su único adorno consistía en las bellas y elegantes damas que allí esperaban la llegada y salida de la Princesa.
Permaneció en ella desde el primer escalón hasta el último, los alumnos de la Escuela Naval, a quienes correspondía por ordenanza hacer los honores.

En el momento de arrancar el coche que conducía a la Princesa Victoria, se espantó el caballo que montaba uno de los batidores de la Escolta Real, cayendo al suelo el jinete, debajo de la rueda posterior derecha de la carroza que ocupaban lady Cecil y los Príncipes de Battenberg.
Entre los que presenciaban el suceso hubo un instante de indescriptible ansiedad, pues la rueda de la carroza amenazaba pasar sobre el cuello del soldado.
Una oportuna maniobra del cochero, que paró en cuanto pudo darse cuenta del suceso, evitó una horrible desgracia.
Recogido el soldado por los guardias, fué conducido a la farmacia del regío Alcázar, donde fué curado de contusiones en el brazo derecho.
El soldado se llama Rafael Alvarez.
En el Congreso.
Las dos tribunas situadas en la fachada principal a uno y otro lado de la escalinata, como la levante en frente, ofrecían un gran golpe de vista, estando materialmente cuajadas de mujeres hermosas.
Las tropas habían dejado libre la parte de acera correspondiente a la escalinata, como igualmente el frente.
Con dificultad era contenida la masa del público que llenaba las veredas de la plaza de las Cortes.
Hubo un momento en que se temió se registrara una nota sensible.
A una pareja de caballería de Orden público se le ocurrió la descabellada idea de meter los caballos entre la multitud, dando motivo a fuertes protestas; pero la intervención de la Guardia Civil de caballería evitó el suceso y desgracia posible ante el Palacio de la Representación nacional, calándose los ánimos con la retirada de aquellos lugares de la pareja primeramente citada.
Más tarde, y en el mismo sitio, varios oficiales del ejército de los que formaban en la línea, tuvieron que contener al público, y así se evitó un suceso que se interpretaría por una guardia de Orden público por cuanto este llegó a desvirtuarse el cable.
Por fortuna los oficiales de Seguridad llegaron oportunamente, consiguiendo que su subordinado no llegara a descargar su furia sobre un público que, dicho sea en verdad, ha mantenido una expresión exquisita.
Llegó a las tribunas del Congreso permanecían estacionados algunos jefes y oficiales y fotógrafos.
El número de diputados en la rotunda del Congreso no era muy crecido. Podían contarse con las angustias personas, y la carroza de gala del duque de Léora, fueron objeto de la admiración de las gentes, en las que crecía la ansiedad por que llegara el momento de admirar la espléndida hermanita de la que ya es Reina de España.
La hermosa escalera del ministerio de Marina ofrecía brillante aspecto.
La cubria en toda su extensión rica alfombra encarnada y su único adorno consistía en las bellas y elegantes damas que allí esperaban la llegada y salida de la Princesa.

En el momento de arrancar el coche que conducía a la Princesa Victoria, se espantó el caballo que montaba uno de los batidores de la Escolta Real, cayendo al suelo el jinete, debajo de la rueda posterior derecha de la carroza que ocupaban lady Cecil y los Príncipes de Battenberg.
Entre los que presenciaban el suceso hubo un instante de indescriptible ansiedad, pues la rueda de la carroza amenazaba pasar sobre el cuello del soldado.
Una oportuna maniobra del cochero, que paró en cuanto pudo darse cuenta del suceso, evitó una horrible desgracia.
Recogido el soldado por los guardias, fué conducido a la farmacia del regío Alcázar, donde fué curado de contusiones en el brazo derecho.
El soldado se llama Rafael Alvarez.
En el Congreso.
Las dos tribunas situadas en la fachada principal a uno y otro lado de la escalinata, como la levante en frente, ofrecían un gran golpe de vista, estando materialmente cuajadas de mujeres hermosas.
Las tropas habían dejado libre la parte de acera correspondiente a la escalinata, como igualmente el frente.
Con dificultad era contenida la masa del público que llenaba las veredas de la plaza de las Cortes.
Hubo un momento en que se temió se registrara una nota sensible.
A una pareja de caballería de Orden público se le ocurrió la descabellada idea de meter los caballos entre la multitud, dando motivo a fuertes protestas; pero la intervención de la Guardia Civil de caballería evitó el suceso y desgracia posible ante el Palacio de la Representación nacional, calándose los ánimos con la retirada de aquellos lugares de la pareja primeramente citada.
Más tarde, y en el mismo sitio, varios oficiales del ejército de los que formaban en la línea, tuvieron que contener al público, y así se evitó un suceso que se interpretaría por una guardia de Orden público por cuanto este llegó a desvirtuarse el cable.
Por fortuna los oficiales de Seguridad llegaron oportunamente, consiguiendo que su subordinado no llegara a descargar su furia sobre un público que, dicho sea en verdad, ha mantenido una expresión exquisita.
Llegó a las tribunas del Congreso permanecían estacionados algunos jefes y oficiales y fotógrafos.
El número de diputados en la rotunda del Congreso no era muy crecido. Podían contarse con las angustias personas, y la carroza de gala del duque de Léora, fueron objeto de la admiración de las gentes, en las que crecía la ansiedad por que llegara el momento de admirar la espléndida hermanita de la que ya es Reina de España.
La hermosa escalera del ministerio de Marina ofrecía brillante aspecto.
La cubria en toda su extensión rica alfombra encarnada y su único adorno consistía en las bellas y elegantes damas que allí esperaban la llegada y salida de la Princesa.

En el momento de arrancar el coche que conducía a la Princesa Victoria, se espantó el caballo que montaba uno de los batidores de la Escolta Real, cayendo al suelo el jinete, debajo de la rueda posterior derecha de la carroza que ocupaban lady Cecil y los Príncipes de Battenberg.
Entre los que presenciaban el suceso hubo un instante de indescriptible ansiedad, pues la rueda de la carroza amenazaba pasar sobre el cuello del soldado.
Una oportuna maniobra del cochero, que paró en cuanto pudo darse cuenta del suceso, evitó una horrible desgracia.
Recogido el soldado por los guardias, fué conducido a la farmacia del regío Alcázar, donde fué curado de contusiones en el brazo derecho.
El soldado se llama Rafael Alvarez.
En el Congreso.
Las dos tribunas situadas en la fachada principal a uno y otro lado de la escalinata, como la levante en frente, ofrecían un gran golpe de vista, estando materialmente cuajadas de mujeres hermosas.
Las tropas habían dejado libre la parte de acera correspondiente a la escalinata, como igualmente el frente.
Con dificultad era contenida la masa del público que llenaba las veredas de la plaza de las Cortes.
Hubo un momento en que se temió se registrara una nota sensible.
A una pareja de caballería de Orden público se le ocurrió la descabellada idea de meter los caballos entre la multitud, dando motivo a fuertes protestas; pero la intervención de la Guardia Civil de caballería evitó el suceso y desgracia posible ante el Palacio de la Representación nacional, calándose los ánimos con la retirada de aquellos lugares de la pareja primeramente citada.
Más tarde, y en el mismo sitio, varios oficiales del ejército de los que formaban en la línea, tuvieron que contener al público, y así se evitó un suceso que se interpretaría por una guardia de Orden público por cuanto este llegó a desvirtuarse el cable.
Por fortuna los oficiales de Seguridad llegaron oportunamente, consiguiendo que su subordinado no llegara a descargar su furia sobre un público que, dicho sea en verdad, ha mantenido una expresión exquisita.
Llegó a las tribunas del Congreso permanecían estacionados algunos jefes y oficiales y fotógrafos.
El número de diputados en la rotunda del Congreso no era muy crecido. Podían contarse con las angustias personas, y la carroza de gala del duque de Léora, fueron objeto de la admiración de las gentes, en las que crecía la ansiedad por que llegara el momento de admirar la espléndida hermanita de la que ya es Reina de España.
La hermosa escalera del ministerio de Marina ofrecía brillante aspecto.
La cubria en toda su extensión rica alfombra encarnada y su único adorno consistía en las bellas y elegantes damas que allí esperaban la llegada y salida de la Princesa.

En el momento de arrancar el coche que conducía a la Princesa Victoria, se espantó el caballo que montaba uno de los batidores de la Escolta Real, cayendo al suelo el jinete, debajo de la rueda posterior derecha de la carroza que ocupaban lady Cecil y los Príncipes de Battenberg.
Entre los que presenciaban el suceso hubo un instante de indescriptible ansiedad, pues la rueda de la carroza amenazaba pasar sobre el cuello del soldado.
Una oportuna maniobra del cochero, que paró en cuanto pudo darse cuenta del suceso, evitó una horrible desgracia.
Recogido el soldado por los guardias, fué conducido a la farmacia del regío Alcázar, donde fué curado de contusiones en el brazo derecho.
El soldado se llama Rafael Alvarez.
En el Congreso.
Las dos tribunas situadas en la fachada principal a uno y otro lado de la escalinata, como la levante en frente, ofrecían un gran golpe de vista, estando materialmente cuajadas de mujeres hermosas.
Las tropas habían dejado libre la parte de acera correspondiente a la escalinata, como igualmente el frente.
Con dificultad era contenida la masa del público que llenaba las veredas de la plaza de las Cortes.
Hubo un momento en que se temió se registrara una nota sensible.
A una pareja de caballería de Orden público se le ocurrió la descabellada idea de meter los caballos entre la multitud, dando motivo a fuertes protestas; pero la intervención de la Guardia Civil de caballería evitó el suceso y desgracia posible ante el Palacio de la Representación nacional, calándose los ánimos con la retirada de aquellos lugares de la pareja primeramente citada.
Más tarde, y en el mismo sitio, varios oficiales del ejército de los que formaban en la línea, tuvieron que contener al público, y así se evitó un suceso que se interpretaría por una guardia de Orden público por cuanto este llegó a desvirtuarse el cable.
Por fortuna los oficiales de Seguridad llegaron oportunamente, consiguiendo que su subordinado no llegara a descargar su furia sobre un público que, dicho sea en verdad, ha mantenido una expresión exquisita.
Llegó a las tribunas del Congreso permanecían estacionados algunos jefes y oficiales y fotógrafos.
El número de diputados en la rotunda del Congreso no era muy crecido. Podían contarse con las angustias personas, y la carroza de gala del duque de Léora, fueron objeto de la admiración de las gentes, en las que crecía la ansiedad por que llegara el momento de admirar la espléndida hermanita de la que ya es Reina de España.
La hermosa escalera del ministerio de Marina ofrecía brillante aspecto.
La cubria en toda su extensión rica alfombra encarnada y su único adorno consistía en las bellas y elegantes damas que allí esperaban la llegada y salida de la Princesa.

En el momento de arrancar el coche que conducía a la Princesa Victoria, se espantó el caballo que montaba uno de los batidores de la Escolta Real, cayendo al suelo el jinete, debajo de la rueda posterior derecha de la carroza que ocupaban lady Cecil y los Príncipes de Battenberg.
Entre los que presenciaban el suceso hubo un instante de indescriptible ansiedad, pues la rueda de la carroza amenazaba pasar sobre el cuello del soldado.
Una oportuna maniobra del cochero, que paró en cuanto pudo darse cuenta del suceso, evitó una horrible desgracia.
Recogido el soldado por los guardias, fué conducido a la farmacia del regío Alcázar, donde fué curado de contusiones en el brazo derecho.
El soldado se llama Rafael Alvarez.
En el Congreso.
Las dos tribunas situadas en la fachada principal a uno y otro lado de la escalinata, como la levante en frente, ofrecían un gran golpe de vista, estando materialmente cuajadas de mujeres hermosas.
Las tropas habían dejado libre la parte de acera correspondiente a la escalinata, como igualmente el frente.
Con dificultad era contenida la masa del público que llenaba las veredas de la plaza de las Cortes.
Hubo un momento en que se temió se registrara una nota sensible.
A una pareja de caballería de Orden público se le ocurrió la descabellada idea de meter los caballos entre la multitud, dando motivo a fuertes protestas; pero la intervención de la Guardia Civil de caballería evitó el suceso y desgracia posible ante el Palacio de la Representación nacional, calándose los ánimos con la retirada de aquellos lugares de la pareja primeramente citada.
Más tarde, y en el mismo sitio, varios oficiales del ejército de los que formaban en la línea, tuvieron que contener al público, y así se evitó un suceso que se interpretaría por una guardia de Orden público por cuanto este llegó a desvirtuarse el cable.
Por fortuna los oficiales de Seguridad llegaron oportunamente, consiguiendo que su subordinado no llegara a descargar su furia sobre un público que, dicho sea en verdad, ha mantenido una expresión exquisita.
Llegó a las tribunas del Congreso permanecían estacionados algunos jefes y oficiales y fotógrafos.
El número de diputados en la rotunda del Congreso no era muy crecido. Podían contarse con las angustias personas, y la carroza de gala del duque de Léora, fueron objeto de la admiración de las gentes, en las que crecía la ansiedad por que llegara el momento de admirar la espléndida hermanita de la que ya es Reina de España.
La hermosa escalera del ministerio de Marina ofrecía brillante aspecto.
La cubria en toda su extensión rica alfombra encarnada y su único adorno consistía en las bellas y elegantes damas que allí esperaban la llegada y salida de la Princesa.

Al pasar el Rey por delante del Palacio del Congreso, hubo vivas nutridos y una salva atronadora, de aplausos.
Don Alfonso XIII denotaba emoción en su semblante.
Las miradas recorrieron todas en la figura simpática que constituía en la comitiva el heredero del Trono.
El jefe del Cuartel militar de S. M. se apeó del caballo y penetró en el Congreso, para comunicarse con el ministerio de Marina e indicar que era el instante señalado para que se pusiera en marcha la prometida de Don Alfonso XIII.
Transcurrió media hora próximamente sin que se divisara la comitiva de la Princesa.
De nuevo desfiló el coche del alcalde sin que le abandonaran los ciclistas.
Viose inmediatamente regresar y tras él la comitiva de la Reina Victoria.
En uno de los primeros coches iba el jefe del Gobierno, quien al pasar por delante del Congreso fué acogido con la siguiente frase, que él mismo pronunció: «No nos disolváis».
No verdadera ansiedad por ver a la nueva Reina.
Su paso por el Congreso fué saludado con una estruendosa ovación y vivas entusiastas.
La Reina Victoria dirigió sus miradas a la tribuna que daba frente al Congreso, correspondiendo con ligeros movimientos de cabeza a las manifestaciones de entusiasmo que él mismo se le hacían.
«No se oía más que esta voz general: «Es hermosaísima».
La escalinata quedó bien pronto desierta, porque los senadores y diputados se encaminaron hacia otros sitios en que pudieran nuevamente presenciar el desfile de la comitiva de regreso de los Jerónimos.

En las tribunas del pórtico había un personal selecto. Allí estaba la columna inglesa de la mayor intimidad de los Príncipes de Battenberg.
La Iglesia, como habíamos dicho, estaba solamente adornada con luces eléctricas que corrían por las líneas principales de los muros, grupos de banderas de Atocha, y allí, en el altar mayor, flores emblemáticas de la puerza.
Al lado del Evangelio había tres purpuras: el arzobispo de Toledo, el obispo de Barcelona, y el arzobispo de Santiago de Compostela.
Al lado de la Epístola formaban grupo numeroso los demás prebendados. En lugar preferente estaba el obispo de Nottingham, con el pecho cruzado por la banda de Isabel la Católica, a diferencia de los prebendados españoles que la llevan al cuello como una encomienda.
Aquellos obispos estaban dando vivo testimonio de que la Iglesia y el Trono están perfectamente unidos.
Del grupo formaban parte los arzobispos de Tarazona, Zaragoza y Valencia, y los obispos de Ciudad Real, Jaca, Astorga, Madrid, León, Coria, vicario apostólico de Fernando Poo, obispo de Viedro, Solsona, Salamanca, San Luis de Potosí, Vitoria, Sigüenza, Lugo y algunos más.
Delante del altar mayor estaba el reclinador para los augustos contrayentes y los padrinos, y a los pies de las gradas del presbiterio se alzaba la cortina regia, con dos sillones para SS. MM.
Dejado en la hermosa nave un ancho paso central, había a uno y otro lado tribunas y sillones preferentes para los Príncipes extranjeros y las personas reales, que de vez en cuando se levantaban para saludar.
En unas tribunas estaban las damas de la Reina; luciendo todas mantillas blancas; en otras las representaciones de las Cortes; en otras el Cuerpo diplomático y las damas de los señores de los Príncipes, también con blancas mantillas, los capitanes generales y los ex ministros de la Corona, las representaciones de los altos Tribunales y los ministros y sus familias.
El ministro era de una grandeza y de un esplendor admirables, sobre todo al empezar los desposorios.
El Rey llegó casi media hora antes que la Princesa Victoria de Battenberg. Entró bajo palio a las gradas de la tribuna.
Su presencia produjo un gran movimiento de simpatía y de afecto hacia el joven Monarca.
Llevaron el palio seis capellanes de altar con sus moradas vestiduras.
Su Majestad se dirigió a la cortina o regío dosel y allí esperó a la elegida de su corazón.
Vestía Don Alfonso uniforme de gala de capitán general y en su pecho, que cruzaba la banda roja del Mérito Naval, figuraba la rica pedrería de las condecoraciones cuajadas de brillantes.
A su izquierda se hallaba de pie el gentil-hombre Grande de España, señor conde de Benavides; a los lados del dosel daban guardia los alcaides de S. M. se veía a los Reyes de Armas, con sus vistosas damas.
Todas las miradas de aquel brillante concurso convergían en la augusta persona de Su Majestad.
El infante heredero precedió unos minutos a S. M., cruzó la iglesia llevado de la mano por la duquesa de Santo Mauro y seguido de la marquesa de Motezuma.
Vestía traje blanco y llevaba al cuello las insignias del Toisón.
El egregio niño ocupó con la servidumbre una de las tribunas altas.
La presencia de los Príncipes de Gales produjo mucha expectación. El Príncipe vestía de marino y la Princesa de blanco con manto color heliotropo y soberbias joyas de brillantes.
Los Príncipes de Battenberg fueron contemplados con igual expectación. El mayor, Alejandro, vestía uniforme de oficial de Marina, y los dos menores, Mauricio y Leopoldo, trajes eclesiásticos.
La Princesa Beatriz, madre de la Reina, entró en la iglesia, y a la hermosa dama se dirigieron todas las miradas con profundo interés. Llevaba rico y elegante traje gris

El cardenal Sancho, revestido de pontifical y acompañado de sus asistentes respectivos, entró el báculo y dijo al Rey y a la Princesa Victoria:
«Muy alto y muy poderoso Señor Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España, yo requiero a V. M., así como a V. A. R. la Señora Princesa Victoria Eugenia Julia Eva María Cristina de Battenberg, de decir si conocen algún impedimento para la celebración de este matrimonio de acuerdo con el derecho natural, divino y humano, y si existe entre V. M. y V. A. R. algún impedimento por causa de consanguinidad, afinidad o parentesco espiritual, si han hecho voto de castidad u de religión, y si, en cualquier otro impedimento, V. M. y V. A. R. lo declaran; y yo igualmente lo ordeno a todos los aquí presentes. Por segunda y tercera vez os requiero declarar libremente si existe algún impedimento cualquiera que conozcáis».
En seguida el cardenal, dirigiéndose a la Princesa Victoria, dijo:
«Señora Princesa Victoria Julia Eva María Cristina de Battenberg, V. A. R. quiere a Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España, por esposo y marido legítimo por palabra de presente, como lo declara la Santa Iglesia Católica Apostólica y Romana».
Su Alteza contestó:
«Sí quiero».
«Vuestra Alteza Real, se otorga por esposa y mujer del muy alto y muy poderoso Señor Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España».
«Sí otorgo»—contestó la Princesa.
«Vuestra Alteza Real, recibe a dicho Señor Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España, por su esposo y marido».
«Sí recibí»—dijo S. A.
El cardenal, dirigiéndose al Rey, exclamó:
«Muy alto y poderoso Señor Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España, yo requiero a V. M., así como a V. A. R. la Señora Princesa Victoria Eugenia Julia Eva María Cristina de Battenberg, de decir si conocen algún impedimento para la celebración de este matrimonio de acuerdo con el derecho natural, divino y humano, y si existe entre V. M. y V. A. R. algún impedimento por causa de consanguinidad, afinidad o parentesco espiritual, si han hecho voto de castidad u de religión, y si, en cualquier otro impedimento, V. M. y V. A. R. lo declaran; y yo igualmente lo ordeno a todos los aquí presentes. Por segunda y tercera vez os requiero declarar libremente si existe algún impedimento cualquiera que conozcáis».
En seguida el cardenal, dirigiéndose a la Princesa Victoria, dijo:
«Señora Princesa Victoria Julia Eva María Cristina de Battenberg, V. A. R. quiere a Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España, por esposo y marido legítimo por palabra de presente, como lo declara la Santa Iglesia Católica Apostólica y Romana».
Su Alteza contestó:
«Sí quiero».
«Vuestra Alteza Real, se otorga por esposa y mujer del muy alto y muy poderoso Señor Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España».
«Sí otorgo»—contestó la Princesa.
«Vuestra Alteza Real, recibe a dicho Señor Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España, por su esposo y marido».
«Sí recibí»—dijo S. A.
El cardenal, dirigiéndose al Rey, exclamó:
«Muy alto y poderoso Señor Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España, yo requiero a V. M., así como a V. A. R. la Señora Princesa Victoria Eugenia Julia Eva María Cristina de Battenberg, de decir si conocen algún impedimento para la celebración de este matrimonio de acuerdo con el derecho natural, divino y humano, y si existe entre V. M. y V. A. R. algún impedimento por causa de consanguinidad, afinidad o parentesco espiritual, si han hecho voto de castidad u de religión, y si, en cualquier otro impedimento, V. M. y V. A. R. lo declaran; y yo igualmente lo ordeno a todos los aquí presentes. Por segunda y tercera vez os requiero declarar libremente si existe algún impedimento cualquiera que conozcáis».
En seguida el cardenal, dirigiéndose a la Princesa Victoria, dijo:
«Señora Princesa Victoria Julia Eva María Cristina de Battenberg, V. A. R. quiere a Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España, por esposo y marido legítimo por palabra de presente, como lo declara la Santa Iglesia Católica Apostólica y Romana».
Su Alteza contestó:
«Sí quiero».
«Vuestra Alteza Real, se otorga por esposa y mujer del muy alto y muy poderoso Señor Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España».
«Sí otorgo»—contestó la Princesa.
«Vuestra Alteza Real, recibe a dicho Señor Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España, por su esposo y marido».
«Sí recibí»—dijo S. A.
El cardenal, dirigiéndose al Rey, exclamó:
«Muy alto y poderoso Señor Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España, yo requiero a V. M., así como a V. A. R. la Señora Princesa Victoria Eugenia Julia Eva María Cristina de Battenberg, de decir si conocen algún impedimento para la celebración de este matrimonio de acuerdo con el derecho natural, divino y humano, y si existe entre V. M. y V. A. R. algún impedimento por causa de consanguinidad, afinidad o parentesco espiritual, si han hecho voto de castidad u de religión, y si, en cualquier otro impedimento, V. M. y V. A. R. lo declaran; y yo igualmente lo ordeno a todos los aquí presentes. Por segunda y tercera vez os requiero declarar libremente si existe algún impedimento cualquiera que conozcáis».
En seguida el cardenal, dirigiéndose a la Princesa Victoria, dijo:
«Señora Princesa Victoria Julia Eva María Cristina de Battenberg, V. A. R. quiere a Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España, por esposo y marido legítimo por palabra de presente, como lo declara la Santa Iglesia Católica Apostólica y Romana».
Su Alteza contestó:
«Sí quiero».
«Vuestra Alteza Real, se otorga por esposa y mujer del muy alto y muy poderoso Señor Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España».
«Sí otorgo»—contestó la Princesa.
«Vuestra Alteza Real, recibe a dicho Señor Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España, por su esposo y marido».
«Sí recibí»—dijo S. A.
El cardenal, dirigiéndose al Rey, exclamó:
«Muy alto y poderoso Señor Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España, yo requiero a V. M., así como a V. A. R. la Señora Princesa Victoria Eugenia Julia Eva María Cristina de Battenberg, de decir si conocen algún impedimento para la celebración de este matrimonio de acuerdo con el derecho natural, divino y humano, y si existe entre V. M. y V. A. R. algún impedimento por causa de consanguinidad, afinidad o parentesco espiritual, si han hecho voto de castidad u de religión, y si, en cualquier otro impedimento, V. M. y V. A. R. lo declaran; y yo igualmente lo ordeno a todos los aquí presentes. Por segunda y tercera vez os requiero declarar libremente si existe algún impedimento cualquiera que conozcáis».
En seguida el cardenal, dirigiéndose a la Princesa Victoria, dijo:
«Señora Princesa Victoria Julia Eva María Cristina de Battenberg, V. A. R. quiere a Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España, por esposo y marido legítimo por palabra de presente, como lo declara la Santa Iglesia Católica Apostólica y Romana».
Su Alteza contestó:
«Sí quiero».
«Vuestra Alteza Real, se otorga por esposa y mujer del muy alto y muy poderoso Señor Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España».
«Sí otorgo»—contestó la Princesa.
«Vuestra Alteza Real, recibe a dicho Señor Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España, por su esposo y marido».
«Sí recibí»—dijo S. A.
El cardenal, dirigiéndose al Rey, exclamó:
«Muy alto y poderoso Señor Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España, yo requiero a V. M., así como a V. A. R. la Señora Princesa Victoria Eugenia Julia Eva María Cristina de Battenberg, de decir si conocen algún impedimento para la celebración de este matrimonio de acuerdo con el derecho natural, divino y humano, y si existe entre V. M. y V. A. R. algún impedimento por causa de consanguinidad, afinidad o parentesco espiritual, si han hecho voto de castidad u de religión, y si, en cualquier otro impedimento, V. M. y V. A. R. lo declaran; y yo igualmente lo ordeno a todos los aquí presentes. Por segunda y tercera vez os requiero declarar libremente si existe algún impedimento cualquiera que conozcáis».
En seguida el cardenal, dirigiéndose a la Princesa Victoria, dijo:
«Señora Princesa Victoria Julia Eva María Cristina de Battenberg, V. A. R. quiere a Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España, por esposo y marido legítimo por palabra de presente, como lo declara la Santa Iglesia Católica Apostólica y Romana».
Su Alteza contestó:
«Sí quiero».
«Vuestra Alteza Real, se otorga por esposa y mujer del muy alto y muy poderoso Señor Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España».
«Sí otorgo»—contestó la Princesa.
«Vuestra Alteza Real, recibe a dicho Señor Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España, por su esposo y marido».
«Sí recibí»—dijo S. A.
El cardenal, dirigiéndose al Rey, exclamó:
«Muy alto y poderoso Señor Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España, yo requiero a V. M., así como a V. A. R. la Señora Princesa Victoria Eugenia Julia Eva María Cristina de Battenberg, de decir si conocen algún impedimento para la celebración de este matrimonio de acuerdo con el derecho natural, divino y humano, y si existe entre V. M. y V. A. R. algún impedimento por causa de consanguinidad, afinidad o parentesco espiritual, si han hecho voto de castidad u de religión, y si, en cualquier otro impedimento, V. M. y V. A. R. lo declaran; y yo igualmente lo ordeno a todos los aquí presentes. Por segunda y tercera vez os requiero declarar libremente si existe algún impedimento cualquiera que conozcáis».
En seguida el cardenal, dirigiéndose a la Princesa Victoria, dijo:
«Señora Princesa Victoria Julia Eva María Cristina de Battenberg, V. A. R. quiere a Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España, por esposo y marido legítimo por palabra de presente, como lo declara la Santa Iglesia Católica Apostólica y Romana».
Su Alteza contestó:
«Sí quiero».
«Vuestra Alteza Real, se otorga por esposa y mujer del muy alto y muy poderoso Señor Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España».
«Sí otorgo»—contestó la Princesa.
«Vuestra Alteza Real, recibe a dicho Señor Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España, por su esposo y marido».
«Sí recibí»—dijo S. A.
El cardenal, dirigiéndose al Rey, exclamó:
«Muy alto y poderoso Señor Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España, yo requiero a V. M., así como a V. A. R. la Señora Princesa Victoria Eugenia Julia Eva María Cristina de Battenberg, de decir si conocen algún impedimento para la celebración de este matrimonio de acuerdo con el derecho natural, divino y humano, y si existe entre V. M. y V. A. R. algún impedimento por causa de consanguinidad, afinidad o parentesco espiritual, si han hecho voto de castidad u de religión, y si, en cualquier otro impedimento, V. M. y V. A. R. lo declaran; y yo igualmente lo ordeno a todos los aquí presentes. Por segunda y tercera vez os requiero declarar libremente si existe algún impedimento cualquiera que conozcáis».
En seguida el cardenal, dirigiéndose a la Princesa Victoria, dijo:
«Señora Princesa Victoria Julia Eva María Cristina de Battenberg, V. A. R. quiere a Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España, por esposo y marido legítimo por palabra de presente, como lo declara la Santa Iglesia Católica Apostólica y Romana».
Su Alteza contestó:
«Sí quiero».
«Vuestra Alteza Real, se otorga por esposa y mujer del muy alto y muy poderoso Señor Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España».
«Sí otorgo»—contestó la Princesa.
«Vuestra Alteza Real, recibe a dicho Señor Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España, por su esposo y marido».
«Sí recibí»—dijo S. A.
El cardenal, dirigiéndose al Rey, exclamó:
«Muy alto y poderoso Señor Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España, yo requiero a V. M., así como a V. A. R. la Señora Princesa Victoria Eugenia Julia Eva María Cristina de Battenberg, de decir si conocen algún impedimento para la celebración de este matrimonio de acuerdo con el derecho natural, divino y humano, y si existe entre V. M. y V. A. R. algún impedimento por causa de consanguinidad, afinidad o parentesco espiritual, si han hecho voto de castidad u de religión, y si, en cualquier otro impedimento, V. M. y V. A. R. lo declaran; y yo igualmente lo ordeno a todos los aquí presentes. Por segunda y tercera vez os requiero declarar libremente si existe algún impedimento cualquiera que conozcáis».
En seguida el cardenal, dirigiéndose a la Princesa Victoria, dijo:
«Señora Princesa Victoria Julia Eva María Cristina de Battenberg, V. A. R. quiere a Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España, por esposo y marido legítimo por palabra de presente, como lo declara la Santa Iglesia Católica Apostólica y Romana».
Su Alteza contestó:
«Sí quiero».
«Vuestra Alteza Real, se otorga por esposa y mujer del muy alto y muy poderoso Señor Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España».
«Sí otorgo»—contestó la Princesa.
«Vuestra Alteza Real, recibe a dicho Señor Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España, por su esposo y marido».
«Sí recibí»—dijo S. A.
El cardenal, dirigiéndose al Rey, exclamó:
«Muy alto y poderoso Señor Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España, yo requiero a V. M., así como a V. A. R. la Señora Princesa Victoria Eugenia Julia Eva María Cristina de Battenberg, de decir si conocen algún impedimento para la celebración de este matrimonio de acuerdo con el derecho natural, divino y humano, y si existe entre V. M. y V. A. R. algún impedimento por causa de consanguinidad, afinidad o parentesco espiritual, si han hecho voto de castidad u de religión, y si, en cualquier otro impedimento, V. M. y V. A. R. lo declaran; y yo igualmente lo ordeno a todos los aquí presentes. Por segunda y tercera vez os requiero declarar libremente si existe algún impedimento cualquiera que conozcáis».
En seguida el cardenal, dirigiéndose a la Princesa Victoria, dijo:
«Señora Princesa Victoria Julia Eva María Cristina de Battenberg, V. A. R. quiere a Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España, por esposo y marido legítimo por palabra de presente, como lo declara la Santa Iglesia Católica Apostólica y Romana».
Su Alteza contestó:
«Sí quiero».
«Vuestra Alteza Real, se otorga por esposa y mujer del muy alto y muy poderoso Señor Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España».
«Sí otorgo»—contestó la Princesa.
«Vuestra Alteza Real, recibe a dicho Señor Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España, por su esposo y marido».
«Sí recibí»—dijo S. A.
El cardenal, dirigiéndose al Rey, exclamó:
«Muy alto y poderoso Señor Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España, yo requiero a V. M., así como a V. A. R. la Señora Princesa Victoria Eugenia Julia Eva María Cristina de Battenberg, de decir si conocen algún impedimento para la celebración de este matrimonio de acuerdo con el derecho natural, divino y humano, y si existe entre V. M. y V. A. R. algún impedimento por causa de consanguinidad, afinidad o parentesco espiritual, si han hecho voto de castidad u de religión, y si, en cualquier otro impedimento, V. M. y V. A. R. lo declaran; y yo igualmente lo ordeno a todos los aquí presentes. Por segunda y tercera vez os requiero declarar libremente si existe algún impedimento cualquiera que conozcáis».
En seguida el cardenal, dirigiéndose a la Princesa Victoria, dijo:
«Señora Princesa Victoria Julia Eva María Cristina de Battenberg, V. A. R. quiere a Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España, por esposo y marido legítimo por palabra de presente, como lo declara la Santa Iglesia Católica Apostólica y Romana».
Su Alteza contestó:
«Sí quiero».
«Vuestra Alteza Real, se otorga por esposa y mujer del muy alto y muy poderoso Señor Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España».
«Sí otorgo»—contestó la Princesa.
«Vuestra Alteza Real, recibe a dicho Señor Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España, por su esposo y marido».
«Sí recibí»—dijo S. A.
El cardenal, dirigiéndose al Rey, exclamó:
«Muy alto y poderoso Señor Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España, yo requiero a V. M., así como a V. A. R. la Señora Princesa Victoria Eugenia Julia Eva María Cristina de Battenberg, de decir si conocen algún impedimento para la celebración de este matrimonio de acuerdo con el derecho natural, divino y humano, y si existe entre V. M. y V. A. R. algún impedimento por causa de consanguinidad, afinidad o parentesco espiritual, si han hecho voto de castidad u de religión, y si, en cualquier otro impedimento, V. M. y V. A. R. lo declaran; y yo igualmente lo ordeno a todos los aquí presentes. Por segunda y tercera vez os requiero declarar libremente si existe algún impedimento cualquiera que conozcáis».
En seguida el cardenal, dirigiéndose a la Princesa Victoria, dijo:
«Señora Princesa Victoria Julia Eva María Cristina de Battenberg, V. A. R. quiere a Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España, por esposo y marido legítimo por palabra de presente, como lo declara la Santa Iglesia Católica Apostólica y Romana».
Su Alteza contestó:
«Sí quiero».
«Vuestra Alteza Real, se otorga por esposa y mujer del muy alto y muy poderoso Señor Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España».
«Sí otorgo»—contestó la Princesa.
«Vuestra Alteza Real, recibe a dicho Señor Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España, por su esposo y marido».
«Sí recibí»—dijo S. A.
El cardenal, dirigiéndose al Rey, exclamó:
«Muy alto y poderoso Señor Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España, yo requiero a V. M., así como a V. A. R. la Señora Princesa Victoria Eugenia Julia Eva María Cristina de Battenberg, de decir si conocen algún impedimento para la celebración de este matrimonio de acuerdo con el derecho natural, divino y humano, y si existe entre V. M. y V. A. R. algún impedimento por causa de consanguinidad, afinidad o parentesco espiritual, si han hecho voto de castidad u de religión, y si, en cualquier otro impedimento, V. M. y V. A. R. lo declaran; y yo igualmente lo ordeno a todos los aquí presentes. Por segunda y tercera vez os requiero declarar libremente si existe algún impedimento cualquiera que conozcáis».
En seguida el cardenal, dirigiéndose a la Princesa Victoria, dijo:
«Señora Princesa Victoria Julia Eva María Cristina de Battenberg, V. A. R. quiere a Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España, por esposo y marido legítimo por palabra de presente, como lo declara la Santa Iglesia Católica Apostólica y Romana».
Su Alteza contestó:
«Sí quiero».
«Vuestra Alteza Real, se otorga por esposa y mujer del muy alto y muy poderoso Señor Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria, Rey católico de España».
«Sí otorgo»—contestó la Princesa.
«Vuestra Alteza Real, recibe a dicho Señor Don Alfonso XIII de Borbón y de Austria,

La carroza regia partió hacia Palacio, y fue verdadera locura de entusiasmo la que acometió al público. Los hombres vitoreaban y gritaban: «Muera el asesino!»...

Cadáveres destruidos.

En el sitio donde había caído la bomba el espectáculo era espantoso. Tres cadáveres y un soldado destruidos horriblemente. Ninguno de ellos tenía pier...

El Rey.

Al orse la formidable explosión y retroceder espantados los caballos del coche regio, S. M. el Rey tendió un brazo por la espalda a su augusta esposa, como para protegerla, y asomándose a la ventanilla sereno, aunque un poco pálido, saludó con la otra mano al público, haciendo al mismo tiempo con la cabeza indicaciones de que no le ocurría nada.

El Rey.

Luego habló algunas palabras con la Reina Victoria, que estaba intensamente pálida y temblorosa, y asomándose de nuevo recomendó calma a las gentes que gritaban y corrían presas de indescribible terror.

El Rey.

Los menos impresionados y el público femenino que afilia al lugar del siniestro, vitoreó a S. M.

El Rey.

Las tropas rodearon inmediatamente el coche regio. La Escolta Real ejecutó una rápida maniobra, despejando todo el trozo de calle en que se encontraba la carroza.

El Rey.

Los caballos de ésta, encabritados, comunicaban grandes sacudidas al coche. Entonces el Rey hizo que abrieran la portezuela, y echó pie a tierra rápidamente, tendiendo los brazos a la Reina Victoria.

El Rey.

Al descender ésta del coche y rozar la cola de su traje de novia en el estribo, se manchó en la sangre de las víctimas, que había salpicado la carroza.

El Rey.

El Rey, dando el brazo a su augusta esposa, se dirigió a la carroza de respeto por entre las filas de soldados.

El Rey.

Muchas personas que presenciaron la explosión dicen que vieron caer un ramo de flores que ardía, y que estalló en el aire.

El Rey.

Cuál no sería la espantosa potencia de la bomba, que sus mil proyectiles penetraron en los balcones, hiriendo y matando a inocentes espectadores.

El Rey.

En nuestra casa. Minutos, mejor dicho, segundos antes de la explosión, encontrábase en el lugar del suceso nuestro director, Sr. Romeo, que regresaba de los Jerónimos y nuestros compañeros Sres. Aguilar, Mata, Delgado Barreto, Herrero, Lorenzo y Adame.

El Rey.

Los Sres. Romeo, Aguilar, Delgado Barreto y Lorenzo, subieron a la redacción, quedando en la calle los Sres. Mata, Herrera y Adame en la esquina del sitio en que hizo explosión la bomba, explosión que oímos los que regresamos, en el momento mismo de llegar a nuestra casa, es decir, dos minutos después de apartarnos de aquellos lugares.

limpiábase algunas lágrimas que se deslizaban por sus frentes y virginales mejillas. El público, hondamente impresionado, que no cesaba de aclamar a los Reyes, hubiera destruido en aquellos instantes al miserable autor del salvaje crimen.

El Rey.

En la carroza de respeto. Al subir a la carroza de respeto, que estaba rodeada de muertos y heridos, sobre un charco de sangre, el Rey, para evitar la angustia y bella Princesa el espectáculo terrible que en aquellos lugares se ofrecía, echó las cortinas del carruaje, no sin que antes la Reina Victoria, ya más serena, enviase a su pueblo un nuevo y cariñoso saludo.

El Rey.

Desde los balcones de nuestra redacción pudo verse el primer efecto del atentado en toda su terrible impresión, porque la bomba fue lanzada al carruaje del Rey precisamente cuando éste pasaba por la calle Mayor, entre la del Factor y la tribuna del Pretil de Consejos.

El Rey.

En la calle del Factor todos los balcones de las casas estaban llenos de gente y se veía en ellos un indecible número de niños. La bocacalle hallábase también atestado de curiosos, que formaban un grupo numerosísimo.

El Rey.

Detrás de estas filas de gente había varios carros engalanados con los colores de la bandera nacional y que se habían condecorado improvisadamente en tribunas.

El Rey.

En cada carro de estos deberían haberse u ocho personas y había lo menos doce o catorce.

El Rey.

También hallábase estacionados ante nuestra Redacción algunos carruajes particulares. En el momento de verse de lejos desde nuestros balcones cruzar el coche del Rey por la calle Mayor, sonó la formidable detonación, sintiéndose un olor penetrante.

El Rey.

El eco de los ayes, el espanto de los transeúntes, que se atropellaban, saltando de los referidos carros engalanados, tropezando con las mulas que de éstos tiraban, refugiándose en los portales de nuestra calle, y principalmente en el de nuestro periódico, todo constituyó un cuadro indescribible de terror y de angustia.

El Rey.

En los portales de la calle del Factor no cabía nadie más. Estaban absolutamente invadidos. Muchas señoras eran conducidas, desmayadas, por transeúntes que ni las conocían.

El Rey.

Las familias huían despayorridas en apañados grupos. La confusión y el desorden excedían a cuanto se diga.

El Rey.

En los balcones el efecto fue también espantoso. Las señoras gritaban, y algunas caían invadidas de un síncope. Los niños, que como hemos dicho, formaban el público más numeroso en los balcones de nuestra calle, dieron también gritos estridentes.

El Rey.

Fuerzas de Caballería, Infantería y Guardia Civil entraban por la calle del Factor. Hacía el efecto de una revolución. ¿A qué obedecía tanta fuerza pública en nuestra calle? El público rumor contestó en seguida a esta pregunta: «Se oyeron voces:—¡A ese! ¡A ese!»

El Rey.

Fueron detenidos dos individuos, pero toda la gente señalaba con imprecaciones furiosas a las casas situadas frente a la CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.

—¿...? —Si, señor; yo creo, aunque no pude darnle cabal cuenta de ello, que la bomba fue arrojada desde uno de los balcones más altos de la casa; tal vez del último piso.

El Rey.

Al sentirme herido, bajé las escaleras y marché rápidamente a la Casa de Socorro, dejando en la mayor incertidumbre a mi mujer y a mi hija, a las cuales no puedo recoger ahora.

El Rey.

En el instante en que hablábamos con el Sr. Echaluze, entraba en la casa de Ahumada el Juzgado y con él el conde de Romanones, el gobernador civil, el presidente del Tribunal Supremo y el fiscal del mismo.

El Rey.

Cortejo fúnebre. El Juzgado militar de guardia se personó en el núm. 88 de la calle Mayor para instruir diligencias, é inmediatamente dispuso el levantamiento de los cadáveres, siendo trasladados éstos en furgones de la Sanidad Militar al Depósito.

El Rey.

Se prohibió terminantemente la entrada y salida de personas en la casa. Al ser transportados los cadáveres el público se descubrió, y con gran indignación protesta del atentado.

El Rey.

Una fila, formada por oficiales del Ejército, permanece estacionada delante de la casa. La Guardia Civil y fuerzas de Orden Público, a duras penas, consiguen contener a los millares de curiosos, impidiéndoles aproximarse a la casa.

El Rey.

Estragos de la bomba. Uno de los soldados de Wad-Ras, redoblante al que nos referimos en otro lugar, quedó sin botas, y un dedo de una de las manos fue encontrado a una distancia de más de 50 metros del cadáver.

El Rey.

Un proyectil. La carga de la bomba tenía que ser espantosa. En gran parte de la calle se encuentran pedazos de metralla y balas enteras de fusil.

El Rey.

Una de éstas la recogió el Sr. Mazzantini. A las seis y media de la tarde han llegado a la casa núm. 88 de la calle Mayor los furgones de Sanidad.

El Rey.

Su personal subió al entresuelo y piso principal, sacando los cadáveres. Un gentío enorme, estacionado frente al edificio, sigue emocionado la fúnebre tarara.

El Rey.

Al aparecer cada cadáver, un murmullo de indignación se oye. En la casa se han desarrollado entre los familiares de las víctimas escenas desgarradoras.

El Rey.

La ira de la multitud que presencia la salida de los cadáveres, aumentó al ser bajado del piso principal el destrozado cuerpo de la nieta del Sr. Calvo. La escena fue tristísima.

El Rey.

Hablado con Bascaran. Momentos después del sangriento drama, pudimos hablar con el general Bascaran que, en su calidad de jefe del Cuarto militar del Rey, galopaba junto a la carroza donde iban los Monarcas.

La institutriz de la marquesa resultó con un brazo roto. Un balcón del principal hallábase ocupado por la familia de D. Mateo Calvo y Torres, administrador, según nos dicen, de los ya citados duques de Ahumada.

El Rey.

Un hijo de aquél, abogado, quedó muerto, con el cráneo deshecho. A su lado cayó para no levantarse más, una niña de cinco años, nieta del señor Calvo.

El Rey.

La señora de éste recibió heridas leves. Terrible espectáculo. Cuando entramos en la casa del señor duque de Ahumada se nos ofrece un espectáculo terrible.

El Rey.

Entramos, salvando inmensas dificultades, por estar la casa ocupada militarmente. Tan pronto atravesamos el pasillo, la sangre aparece a la vista. llenándonos de terror.

El Rey.

En una de las primeras habitaciones, que viene a ser un gabinete, los médicos curaron a D. Julián Prieto. Presenta una herida en el pecho izquierdo, algo profunda.

El Rey.

La cura se ha estado rodeado los médicos de señoras, cuyo estado de desesperación infunde verdadera lástima. Salimos de dicha habitación y penetramos en la sala.

El Rey.

En el centro, y en el espacio que existe entre dos balcones y un sofá, vemos un cadáver de mujer, vestido de lucidas galas.

El Rey.

Es la señora marquesa de Tolosa. Su hija también ha perecido y presenta al descubierta la masa encefálica. También figuran entre los muertos don Antonio Calvo y una sobrina de éste, que contaba seis años de edad.

El Rey.

En el mismo piso se hallaba también una institutriz que acompañaba a la señora marquesa, y ha resultado herida también.

El Rey.

Escena desconsoladora. Bien pronto tuvo que llegar a conocimiento de las familias de las víctimas noticia de lo ocurrido, aunque ignoraban las proporciones que hubiera podido tener el hecho.

El Rey.

Llegó en ocasión en que nuestros redactores se hallaban en la casa, el señor conde de Santa Coloma, y a los pocos instantes entraba el marqués de Tolosa.

El Rey.

Creía que su mujer estaba herida gravemente, y como se le quisiera ocultar la importancia de la catástrofe, rogó a todos que le llevaran a presencia de ella.

El Rey.

En tal estado de desesperación se encontraba, que no hubo más recurso que acceder a su ruego. Se le condujo a la sala, viéndose delante del cadáver de su malograda esposa, que había sido cubierto por una colcha oscura.

Describió el rostro del cadáver y arrojado delante de él, vertía lágrimas en abundancia. La escena se prolongó bastante. Junto al cadáver había formado un charco de sangre.

El Rey.

Sin que pueda creerse exageración, dimos los que casi todos los muebles de las piezas que recorrimos estaban ensangrentadas.

El Rey.

Desfile. Como las víctimas registradas en la casa núm. 88 pertenecen a familias de posición, han desfilado por los domicilios de los señores duque de Ahumada y Dusmet multitud de familias aristocráticas, cuando aún no habían sido retirados los cadáveres de la casa.

El Rey.

Esto último se ha llevado a efecto después de la entrada en la casa del presidente y fiscal del Tribunal Supremo.

El Rey.

En el Gobierno Civil.—Más víctimas. Allí llegaron el ministro de la Gobernación y el gobernador, abriéndose paso entre una masa de agentes de la autoridad y de un público numeroso, que acudía a informarse de lo ocurrido.

El Rey.

El capitán de la Guardia Civil D. Rogelio Rodríguez, nos pudo informar de los datos que él tenía respecto del número de víctimas en la calle, si bien no las podía precisar en esos momentos.

El Rey.

Se sabía que el marqués de Sotomayor, jefe de la Escolta Real, estaba ligeramente herido.

El Rey.

Hablábase de cuatro soldados de Wad-Ras, del teniente Fuentes, gravemente herido, é igualmente herido de gravedad, el capitán ayudante de Wad-Ras, señor Raylén.

El Rey.

El palafrenero, cuyo caballo quedó destruido, fué también herido. Un guardia de Orden público, Agustín Chueca, corneta de la sexta compañía, resultó herido, siendo curado y conducido a su domicilio por un compañero suyo.

El Rey.

La corneta presenta rastro de los efectos de la bomba. Por una parte le falta un buen trozo, como si materialmente hubiera sido cortado, sin tener abolladura alguna.

El Rey.

Los ministros. El Sr. Moret, a poco de ocurrir la catástrofe, llamó por teléfono a Palacio a todos los ministros.

El Rey.

Telegrama a Inglaterra. Uno de los primeros despachos comunicados al extranjero, fué expedido al Rey Eduardo, por encargo del Príncipe de Gales y se limitaba a dar cuenta sucinta del atentado y consignar que los Reyes habían resultado ilesos.

El Rey.

Mirando la carroza. Hemos visto la carroza de la Corona que conducía a S. M. en el momento de la explosión, y en ella hemos podido observar graves desperfectos producidos por la bomba.

Curados en la Casa de Socorro del distrito de la Latina: A las tres y media de la tarde iban curados en la Casa de Socorro del distrito de la Latina: Guardia municipal núm. 319, Joaquín Miralles, de treinta y dos años, con erosiones en la nariz y ángulo de la mandíbula inferior y contusiones en el pie izquierdo. Pronóstico reservado.

LOS MUERTOS

En el balcón del marqués de Ahumada: Señora marquesa de Tolosa. Doña María del Carmen Ulloa, hija de los condes de Adanero.

LOS MUERTOS

En el balcón de los señores de Dusmet: D. José de Sola Tejada. D. Luis Fonseca Cabeleiro.

LOS HERIDOS

En las Casas de Socorro. Los alrededores de la Casa de Socorro del distrito del Centro presentaban poco después de estallar la bomba un aspecto imponente.

LOS HERIDOS

La multitud se agolpaba en ellos, pugnando por entrar en la Casa de Socorro. Los guardias apenas podían contener a cuantos, llenos de inquietud por la suerte que hubieran podido correr las personas de su familia que se hallaban en las inmediaciones del sitio donde estalló la bomba, intentaban entrar para saber nombres de víctimas.

LOS HERIDOS

A cada momento nuevas camillas llegan a la Casa de Socorro conduciendo heridos y moribundos. En la puerta se desarrollan escenas desoladoras.

LOS HERIDOS

Entre la multitud se oyen gritos de indignación, arrancados por el espectáculo de la nueva víctima que, pálida y desangrada, llega al benéfico establecimiento.

LOS HERIDOS

Cuando la multitud era más compacta en la Plaza Mayor, desfiló entre los grupos del regimiento de Wad-Ras. Su comandante, desmontado porque su caballo fué muerto por la bomba, marchaba al frente de las fuerzas.

LOS HERIDOS

El paso del regimiento fué saludado por una ovación estruendosa. Vivas atronadoras acogieron a la tropa, oyéndose muchas aclamaciones a los Reyes.

LOS HERIDOS

Mientras tanto, en la Casa de Socorro reinaba agitación extraordinaria, costando gran trabajo al concejal Sr. Blanco, que llegó de los primeros, impedir que los curiosos llenasen todas las habitaciones.

LOS HERIDOS

Los médicos municipales eran ayudados, en su tarea de curar heridos, por otros varios colegas civiles y militares, que acudieron espontáneamente, ofreciendo sus servicios.

LOS HERIDOS

Desde los primeros momentos vióse que el número de camillas era escaso. Mucha gente acudió, brindándose a conducir heridos, organizando el servicio un teniente de la Guardia Civil.

LOS HERIDOS

En su mayoría sólo sufren leves heridas. Sin embargo, poco después comenzaron a llegar muertos y heridos. He aquí los nombres que pudimos recoger en los primeros instantes: D. Isidoro Valcárcel, capitán del regimiento de Wad-Ras, herido en la cara y la cabeza, grave.

acordó con la patrona que conviniere con otro huésped... La patrona hizo la gestión cerca de aquel huésped...

En la calle, subió la escalera, encontrando en ella a Mateo, que bajaba precipitadamente... La muchacha en un principio no supuso que la huésped pudiese ser el autor de la explosión...

Dijo Pareja a los guardias, que aquellos sujetos se hallaban complicados en lo del atentado regio... Los guardias ordenaron que parase el tranvía y que se aparesen los dos sujetos en cuestión...

Don Alfonso XIII envió ayer tarde mismo a uno de sus ayudantes al ministro de la Guerra para recomendarle que sin pérdida de tiempo se preparase una disposición encauzada a recompensar a las víctimas...

Y al venir al suelo mesas y cristales aumentaba el ruido, produciendo más alarma... Se desarrollaron escenas conmovedoras entre padres, hijos y personas queridas al encontrarse después de la refriega...

Han sido aprobados hoy en el segundo ejercicio: D. Santos Carretero Romero... D. Fernando Alonso Celada... D. Eduardo Nofuentes Montero...

Quien era el huésped. Después presentó su cédula personal, expedida en Zaragoza, y quedó inscrito en el registro de la casa del siguiente modo: Mateo Moral, de veintiséis años, soltero, natural de Barcelona, fabricante...

Se supone que el criminal está herido en una mano. No tendría nada de particular que le hubiese alcanzado algún caso de la bomba... Lo cierto es que en el cuarto se ha encontrado un pañuelo que pertenecía al asesino...

Declaración de un guardia. Un guardia del 14.º tercio, apellidado Torres, ha afirmado que el pudo distinguir como un individuo que se asomó al piso cuarto de la casa en cuestión, puso sobre la barandilla del balcón un objeto parecido a una caja de almidones...

La bomba. La impresión que tienen las autoridades hace confirmar la opinión de que se trata de una bomba de inversión, a juzgar por la forma en que los estragos se han producido... Noticias del Gobierno Militar. Los muertos del Ejército, de que se tiene noticia oficial, son tres oficiales y seis individuos de tropa...

NOTA BOMBA. Ayer, al anochecer, un guardia de Orden público, apellidado Gutiérrez, encontró un objeto en la escalera del lado izquierdo del Pratil de los Consejos, entre el edificio de la Capitanía general y la tribuna levantada allí... CONSEJO DE MINISTROS. Ya consignábamos anoche que el Sr. Morret llamaba a los ministros al Palacio, teniendo con ellos un Consejo, que se redujo a un ligero cambio de impresiones...

DESDE PARIS. LONDRES 31. Se asegura en los círculos bien informados que el acaudalado Montagne se considera ya definitivamente perdido... UNA AMAZONA. LA HIJA DE D. CARLOS? (POR TELEGRAMA) (DE NUESTRO REDACTOR CORRESPONSAL) Acaudalado perdido. LONDRES 31. Se asegura en los círculos bien informados que el acaudalado Montagne se considera ya definitivamente perdido... CONGRESO REPUBLICANO. Nuestro distinguido compañero en la Prensa, el Sr. Malgarriga, nos dirige desde Buenos Aires el siguiente cablegrama...

Ramos de flores. El domingo último, nos dijo doña Ana Alvarez, me llamó, pocos momentos después de levantarse, a su cuarto, y me encargó le comprara un ramo de flores... Ramos de flores. El domingo último, nos dijo doña Ana Alvarez, me llamó, pocos momentos después de levantarse, a su cuarto, y me encargó le comprara un ramo de flores...

El momento del atentado. La comitiva avanzaba por la calle Mayor. El entusiasmo era indescriptible. Todos los balcones atestados de gente, descolgando en ellos hermosas y elegantes damas... El momento del atentado. La comitiva avanzaba por la calle Mayor. El entusiasmo era indescriptible. Todos los balcones atestados de gente, descolgando en ellos hermosas y elegantes damas...

Detenciones. Se han efectuado muchas detenciones de anarquistas. Pasan de 20 los que estaban detenidos anoche en el Gobierno Civil... Detenciones. Se han efectuado muchas detenciones de anarquistas. Pasan de 20 los que estaban detenidos anoche en el Gobierno Civil...

Gran alarma. Carreras y heridos. Es tal la excitación de ánimos que ha producido el atentado, que la más pequeña voz, cualquier ruido, por insignificante que sea, da motivo a alarma y carreras por las calles... Gran alarma. Carreras y heridos. Es tal la excitación de ánimos que ha producido el atentado, que la más pequeña voz, cualquier ruido, por insignificante que sea, da motivo a alarma y carreras por las calles...

NOTAS ALICANTINAS. ALICANTE 29. Los trenes que parten para esa corte salen atestados de gente... Este diario no pertenece al Trust. Este diario no pertenece al Trust.

Este diario no pertenece al Trust. Este diario no pertenece al Trust.

Detenciones. Se han efectuado muchas detenciones de anarquistas. Pasan de 20 los que estaban detenidos anoche en el Gobierno Civil... Detenciones. Se han efectuado muchas detenciones de anarquistas. Pasan de 20 los que estaban detenidos anoche en el Gobierno Civil...

Gran alarma. Carreras y heridos. Es tal la excitación de ánimos que ha producido el atentado, que la más pequeña voz, cualquier ruido, por insignificante que sea, da motivo a alarma y carreras por las calles... Gran alarma. Carreras y heridos. Es tal la excitación de ánimos que ha producido el atentado, que la más pequeña voz, cualquier ruido, por insignificante que sea, da motivo a alarma y carreras por las calles...

Gran alarma. Carreras y heridos. Es tal la excitación de ánimos que ha producido el atentado, que la más pequeña voz, cualquier ruido, por insignificante que sea, da motivo a alarma y carreras por las calles... Gran alarma. Carreras y heridos. Es tal la excitación de ánimos que ha producido el atentado, que la más pequeña voz, cualquier ruido, por insignificante que sea, da motivo a alarma y carreras por las calles...

Gran alarma. Carreras y heridos. Es tal la excitación de ánimos que ha producido el atentado, que la más pequeña voz, cualquier ruido, por insignificante que sea, da motivo a academia militares... Academia militares. Opositores aprobados. Opositores aprobados.

Academia militares. Opositores aprobados. Opositores aprobados.

Opositores aprobados. Opositores aprobados.

Academia militares. Opositores aprobados. Opositores aprobados.

Se reciben anuncios y suscripciones

Carrera de San Jerónimo, núm. 10
Papelería de los Sres. Ribed, Miranda y Comp

500 BILBAOS del 1.º

Lara.—10.—Peña la Fresca.
Gran Teatro.—0.—La guardia amarilla.
Zaruela.—8 1/2.—Chateau-Margaux.
Appio.—8 1/2.—Quo vadis.
Zaruela.—8 1/2.—Chateau-Margaux.
Appio.—8 1/2.—Quo vadis.
Zaruela.—8 1/2.—Chateau-Margaux.
Appio.—8 1/2.—Quo vadis.

ATENCION
Losas impermeables para todos los carrés.

TOME USTED FOSFORINA VITAL
El mejor reconstituyente contra la anemia, tuberculosis, etc.

AUTOMOVILES
El contrato y a PLAZOS
Plazo de 3 años.—Ford etc.

PIANOS
El contrato y a PLAZOS
Plazo de 3 años.—Ford etc.

JARDINERO
Inteligente buenas referencias.

COCHES
Clases muy baratas.

INSTRUMENTOS
Transparencias, Ventanas para autos, etc.

PIANO SEMI-NOVO
Teléfono 179. Calle de la Victoria.

PIANO DE LINO Y MAGNIFICOS
Teléfono 179. Calle de la Victoria.

COCHES
Clases muy baratas.

Guernica
Se arrienda confortable chalet con espasmo.

PARA LA TOS FERINA
recomienda muy eficazmente el Jarabe Ant Ferino de Sánchez Ocaña.

CABALLEROS Y SEÑORAS ELEGANTES
CORTE INGLESE
Por 20 duros traje y gabán, etc.

LEKAKI
Polvos orientales para evitar el mal olor de los calcetines.

DUCHA ORIENTAL
Hada misteriosa de la belleza.

POLICLINICA
de acuerdo de Nuestra Señora del Carmen.

COCHES
Landó de capotas, aros gama y pletter.

FIEMO DE CABALLOS
Se adjudicará a la proporción más ventajosa.

CONTRATISTA
Tenemos el regimiento Lanceros del Principe 3.º de caballería.

HERBES RECILOS!!
Por 25 pesetas? Traje de gran lujo.

COMPRO
or alhajas y joyas.

AVISO
UNICA CASA QUE DA TODO SU VALOR POR ALHAJAS.

CINTURON ELECTRO-REDUCTOR DE LA HERNIA
BRAGUERO ELECTRO-MAGNETICO
PRECIO, 50 PESETAS
DR. M. CALDEIRO, PUERTA DEL SOL, 9, MADRID

GRATIS A TODO EL MUNDO
UN LIBRO QUE CONTIENE LA FELICIDAD—PEDIDO HOY MISMO
El hombre desoso de recobrar su juventud.

RELOJ LONGINES
Extra planz de alta precisión
Nueve mañana a ocho noche
DR. M. D. McLAUGHLIN

LA EXCMA. SEÑORA DOÑA MARIA DE LA O QUERALT FERNANDEZ-MAQUERA
MARQUESA DE TOLOSA
HA FALLECIDO EL DIA 31 DE MAYO DE 1906

J.A. OMEGA
MADRID
Apartado 179. ARENAL, 22 DUPLICADO Teléfono 688

BOLETIN religioso del día 1.º
Santos del día 1.º de Junio.
Cultos para el día 1.º

OCASION VERDAD
Se venden cuatro hoteles, moderna construcción.

SOCIEDAD VINICOLA ESPAÑOLA
JARABE DE HEROINA (BENZO-CINAMICO)
DEL DR. MADARIAGA

ANTIGÜEDADES
Compra y venta, gran colección de encajes, objetos y cuadros.

IMPORTANTISIMO
En la Carrera de San Jerónimo, 10 encontrará el público un INMENSO SURTIDO

ILUMINACIONES
Grandes existencias de lámparas, marca BUDAPT.

ARTICULOS AMERICANOS
Máquinas para planchar ropa, lavadoras mecánicas.

EL MÁS IMPORTANTE DEPOSITO
PUNTILLAS Y BORDADOS
Géneros de punto, etc.

BELLEZA del CUTIS
LOCION HIGIENICA Y ANTISEPTICA
Cura y evita las espinillas, manchas, etc.

GRAN DEPOSITO
2-LIBERTAD-2
Objetos en metal blanco y porcelana.

PAN DE VIENA
El mejor marca SOL, caliente hasta las 6 de la tarde.

LA EXCMA. SEÑORA DOÑA MARIA DE LA O QUERALT FERNANDEZ-MAQUERA
MARQUESA DE TOLOSA
HA FALLECIDO EL DIA 31 DE MAYO DE 1906

LA SEÑORITA D.ª Teresa Ulloa y Fernández-Durán
HA FALLECIDO EL DIA 31 DE MAYO DE 1906

CASA NIEVES
PRIMERA OFICIAL DE MAD. PETIT
HORTALEZA, NUM. 60, PRIMERO IZQUIERDA

EL FONOLA
Desde el 1.º de Junio, es el mejor aparato para tocar el piano.